XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Dios sale al encuentro del hombre, pero también ha puesto en el corazón de cada uno el deseo de Dios, que es una llamada a su cumplimiento y que el hombre no puede ignorar.

La parábola de las diez vírgenes muestra algo semejante: Jesús ilustra los esponsales judíos en que era tradición que el novio llegara de noche, acompañado de sus amigos, a casa de la novia, que esperaba con sus amigas. En el ritual de esponsales no estaba fijada la hora de llegada, de ahí que hubiera que tener preparadas las lámparas porque podía ser ya muy entrada la noche.

El hecho de que cinco vírgenes fueran previsoras y las otras no, indica una doble actitud de espera. La esperanza no supone pasividad, sino tensión expectante hacia lo que tenemos confianza en que va a suceder. El aceite de las lámparas, según algunos autores, puede significar la caridad. Por tanto a algunas de las doncellas se les había enfriado la caridad. La misma parábola explica el porqué: "porque el esposo tardaba". El límite de aceite que se habían impuesto era signo de lo que estaban dispuestas a esperar. Pero Dios aparece cuando quiere. Y esa verdad no se refiere sólo a los últimos tiempos, cuando venga el Hijo del hombre, sino que es aplicable a todos los momentos de la vida cristiana.

Pensemos, por ejemplo, en la oración. Podemos cansarnos de rezar porque no oímos la voz de Dios. Lo mismo puede suceder en el apostolado, cuando después de mucha dedicación no hay frutos aparentes. Los tiempos no dependen de nosotros, sino de Dios. Esto lo muestra bien el ejemplo de santa Mónica, que lloró durante largos años por la conversión de su hijo San Agustín. Y, este, más tarde, escribió que no hay que desesperar de los pecadores que no se convierten y que eso lo decía por propia experiencia. Ante Dios no podemos presentarnos con prejuicios.

Por otra parte, refiriéndola a los últimos tiempos de cada hombre, la parábola muestra que no podemos improvisar nuestro encuentro con Dios. La gracia ha de ser acogida. El hecho de que las lámparas estén apagadas indica que no se esperaba al esposo como era debido, que es Jesucristo. De noche ya no se puede comprar aceite. A última hora no puede solucionarse lo que hemos tenido tiempo de preparar durante toda la vida.

Jesús, en esta parábola, nos exhorta a la esperanza, que lleva a la oración y que, al mismo tiempo, es motivación para hacer buenas obras. El aceite de la caridad se incrementa con las buenas acciones y con la fidelidad que, al mismo tiempo, nos ayudan también en los momentos de dificultad y sequía.

Señor Jesús, presente en esta Eucaristía, te pido que enciendas la lámpara de mi corazón con la llama de tu amor, ese amor que no se apaga nunca.

Que María Santísima aumente en nosotros el deseo del Esposo.